The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

8628
T255
v.30

8F
BHO
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL
PQ6217
.T44
vol. 30
no 1-19
a 00002 34007 8
PQ6217
.T44
EKS
FIVE
out on
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL
LUX
LIBERTAS
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES
BUILDING USE ONLY
PQ6217
.T44
vol. 30
no. 1-19

7274

Procedades de Pulgas

Cuaderno 45 de 2 reales

PUBLICACIONES DE LUJO
JUAN ULLED
MAYOR 37 PRAL
MADRID

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 y 311

1881

MOCEDADES DE PULGAR.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

Don Juan de Ariza.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

1847.

PERSONAS.

RODRIGO PEREZ DEL PULGAR.
HERNAN, *su hijo.*
DOÑA INES DE OSORIO, *prima de Hernan.*
DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON, *maestre de Calatrava.*
BRIGIDA, *dueña.*
NUÑO. } *Escuderos.*
FORTUN. }

La escena en Ciudad-Real, en 1475.

Don Manuel Delgado, editor de la Galeria Dramática, se encarga de la recaudacion de los derechos de representacion de esta comedia, perteneciente á la empresa de Talia, y perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello la autorizacion competente, segun previenen las Reales órdenes relativas á la propiedad de obras dramáticas.

SEÑOR DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Osado soy, querido Tomas, dedicándote mi pobre drama, y la razon es muy sencilla. Al que escribe comedias admirables dedicársele deben obras de un mérito reconocido, y la mia, que mérito no tiene, no es por tanto digna de ti. Esta razon, que yo mismo doy, hubiera debido retraerme, pero por suerte mia y tu desgracia tengo dos razones en pro. Es la primera, que tu amistad hallará bellezas en los defectos de un amigo; y la segunda, que estampando tu nombre aquí tendrán mis lectores una línea para todos muy agradable.

Poco vale el don de mi obra, pero unido á él encontrarás el tierno afecto de tu amigo

Juan de Ariza.

607234

Acto primero.

Salon adornado con trofeos de armas y armaduras, y muebles de nogal tallado. A la derecha del actor, y en primer término, un balcon practicable; en segundo término una puerta que corresponde á las habitaciones de Doña Inés: á la izquierda una puerta que dá paso á las habitaciones de Rodrigo: otra puerta en el fondo.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO *y* HERNAN *armado.*

HERNAN. Aquí me teneis, señor.
RODRIGO. Bien, hijo mio: y armado.
¡Qué hermoso estás de soldado!
¡Qué magestad!
HERNAN. Si el valor
de mi padre y mis abuelos,
que un lema orgulloso abona,
se hereda, con mi tizona
á mil bravos daré celos.
RODRIGO. A caballo monta, Hernan,
y cumple mis esperanzas.
¿Prontas están las cien lanzas?
HERNAN. Señor, dispuestas están.
Vuestras órdenes cumplí
sin escusas, desde luego.—
Por último vez os ruego

que no me alejeis de aquí.

RODRIGO. ¡Vacilas!

HERNAN. Súplica tal,
y á Dios pongo por testigo,
no es de miedo: el enemigo
viene sobre Ciudad-Real.
Pocos son sus defensores,
estenso y frágil el muro...
dejadme aqui. Por Dios juro
que abrigo graves temores.

RODRIGO. Frágiles los muros son,
pero, aunque queden deshechos,
se estrellará en nuestros pechos
la falange de Giron.
Y á estos pocos defensores,
marchando Pulgar delante,
sangre les queda bastante
para ahogar á los traidores.

HERNAN. ¡Guay del que abriera una herida
por dó tu sangre brotára!

RODRIGO. Hernando...

HERNAN. ¡Sí; me pagára
por cada gota una vida!
Déjame aquí.

RODRIGO. El portugués
con desplegadas banderas
traspasa nuestras fronteras.

HERNAN. Lo combatiré despues.

RODRIGO. Doña Isabel y Fernando
alzan en ricos pendones
los castillos y leones.

HERNAN. Aquí defiendo su bando.

RODRIGO. Esta ciudad conquistada
no es cuestion de muerte ó vida;
y una batalla perdida
ó una batalla ganada
puede dar cetro y dosél,
del reino en daño ó abono,
colocando sobre el trono
á Juana ó Doña Isabel.
Al frente de mis guerreros
cual cumple á tu sangre lidia:

sé el espejo, sé la envidia
de los mas nobles y fieros.
Yo cuidaré de esta tierra,
y verás como rechazo
á Giron; tú de tu brazo
prueba lo fuerte en la guerra.

HERNAN. Señor...

RODRIGO. Que propios y agenos
teman tu marcial alarde.

HERNAN. ¿Tú lo quieres?

RODRIGO. Sí; y es tarde.

HERNAN. Bendíceme por lo menos. (*Arrodillándose.*)

RODRIGO. Antes un recuerdo escucha,
y guárdalo en la memoria;
de tu nobleza es la historia,
y te animará en la lucha.
Un guerrero es tu blason
armado de punta en blanco,
que empuja atrevido y franco
con su espada un torreon.
Y por orla esta leyenda:
«*El Pulgar quebrar y no doblar*:» Quien tal heredó
á bien conservarlo atienda.
Corre á la hueste: leal
sirve á Isabel, buen soldado,
que Castilla está de un lado
y del otro Portugal.
Esgrime tu limpio acero
por tu patria y por tu ley.—
¡Oh! ¡Quién fuera, Hernando, rey
para armarte caballero!

HERNAN. Hidalgo es mi corazon;
de caballero mi brio.—
Tu bendicion, padre mio,

RODRIGO. Recibe mi bendicion.

(*Lo bendice y entra en su aposento enternecido.*)

ESCENA II.

HERNAN *se levanta, y al ir á marcharse se encuentra con* DOÑA INÉS *que sale de su estancia.*

DOÑA INES. ¿Te vas, Hernando?
HERNAN. Sí, Inés,
parto: conviene á mi fama;
bélica trompa me llama
y me espera el portugués.
DOÑA INES. ¡Te vas!
HERNAN. Sí, prima: y despues
que los sangrientos despojos
dén pábulo á mis enojos,
si por desgracia ó por suerte
no hallo en el campo la muerte,
otra vez veré tus ojos.
DOÑA INES. Muy triste y pálido, Hernan,
te encuentro en la despedida,
¿sientes tu pronta partida?
HERNAN. No: ¿puede causarme afan
montar fogoso alazan,
tordo velóz, recio overo;
blandir toledano acero,
bañarlo en sangre caliente,
y despues ceñir mi frente
con el laurel del guerrero?
Me presentaré en campaña
como cumple á un paladin,
y al ronco son del clarin
crecerá mi arrojo y saña.
Bélico ardor no me engaña:
rudos combates deseo,
porque en los combates veo
siempre el lauro, la victoria,
y la diadema de gloria
que de antemano me creo.
¿Y quién pudiera lidiar
contra el portugués, y el bando
rebelde mas que yo?
DOÑA INES. Hernando.

HERNAN. ¿Mas que un Perez del Pulgar?
Hasta un laurel conquistar
blandiré la dura lanza
con indomable pujanza;
y mucho será mi brio,
porque late el pecho mio
con una dulce esperanza.
DOÑA INES. ¿Esperas?
HERNAN. Quiero traer
tinta en sangre la tizona,
y una fragante corona
ante las plantas poner...
DOÑA INES. ¿Alguna hermosa muger
te presta tanto ardimiento?
Entrecortado es tu aliento;
tus ojos arrojan llamas...
¡Oh! no tengo duda, amas.
HERNAN. ¡Amar yo!
DOÑA INES. Ese fingimiento
no debes usar conmigo.
Tus miradas, tu ademan,
cómo te venden, Hernan,
y confirman cuanto digo.
Sin esperarlo, testigo
de tu muda confesion
soy; ya ves que con razon
por el deudo y por lo dama
debo saber á quien ama
ese marcial corazon.
Y no temas que revele,
por lo muger, tu secreto;
guardarlo siempre prometo.
HERNAN. ¡Inés!
DOÑA INES. Si mucho te duele,
permíteme que consuele
la afliccion que te lastima.
Los filos del dolor lima,
con dulce y mágico arte,
quien toma en el dolor parte:
y yo en tus dolores...
HERNAN. ¡Prima!
En un tiempo niño fuí,

y hallé los primeros lazos
de amor en los tiernos brazos
de una madre que perdí.
Rápidamente crecí
alegre, robusto, vivo:
de alma indómita y altivo,
el mundo juzgaba estrecho,
y el corazon en mi pecho
se comtemplaba cautivo.
Rey me juzgué de la tierra
y, sobre un potro de raza,
en busca de montes caza
corrí del llano á la sierra.
Suspirando por la guerra,
y al riesgo siempre propicio,
al borde del precipicio
corrí con solemne calma;
estasiándose mi alma
en el marcial ejercicio.
Al jabalí la carrera
corté con ánimo audáz,
y nunca volví la faz
de hombre enemigo ó de fiera.
En mi juventud primera
tosca ballesta doblé:
cuanto pretendí logré,
incansable en mi porfia...
¡Ay! murió la madre mia
y como un niño lloré.
Lloré; ¡con cuánta razon,
viendo tan tristes despojos,
lágrimas brotan los ojos
que suben del corazon!

DOÑA INES. Es verdad.

HERNAN. Tu compasion
mi alma turbada serena:
se mitigó aquella pena,
y entonces, Inés, por cierto
en este jardin desierto
brotó una hermosa azucena.
Tu padre murió tambien.

DOÑA INES. ¡Ay! Mi llanto le tributo.

HERNAN. Y en negro trage de luto
aquí llegaste.
DOÑA INES. Sí.
HERNAN. ¿Quién
dijera que un edén
tu presencia tornaria
esta mansion tan sombría;
y que cesando mi llanto
con tu poderoso encanto
la vida recobraria?
DOÑA INES. ¿Qué dices, Hernando?
HERNAN. Nada.
Relinchando mi corcel
me llama; si algun laurel
ciñe á mi frente esta espada,
si Zamora conquistada
doy á mi nombre decoro,
si del portugués y el moro
lanza en ristre corro en pos,
como ahora te digo «adios,»
diré entonces, «que te adoro.» (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA INÉS.

¡Hernando! ¡Hernando! ¿Qué ha dicho!
¡oh, cuán rápido se fué!
¿será cierto? ¿me idolatra?
¡su único ensueño, su bien
soy en el mundo? Deliro:
no lo entendí, me engañé.
Un cariño fraternal,
sin amor y sin desdén,
desde que vine á esta casa
siempre en Hernando encontré.
¿Pero él ama? A quien él ame
puede darse el parabien;
que es valiente, caballero,
y muy gallardo doncél;
pero ni yo puedo amarlo
ni él ha pensado una vez

en estrechar nuestro deudo
dándome su mano y fé.
Mal entendí: sus palabras
comprendí muy mal.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS *y* BRÍGIDA. (*Con un billete.*)

BRIGIDA. Inés.
DOÑA INES. ¿Qué quieres, Brígida?
BRIGIDA. Toma.
Me ha entregado este papel,
encargándome mil veces
que á hurtadillas te lo dé,
y esta bolsa, para mí
se entiende y es claro...
DOÑA INES. ¿Quién?
BRIGIDA. Un page muy empolvado,
pero gallardo y cortés.
DOÑA INES. ¿Y ese page?
BRIGIDA. ¡Qué preguntas!
Rompe el nema, y con leer
la firma... (*Saca y mete algunas monedas.*)
DOÑA INES. (Mi corazon
á gritos dice que es él.) (*Lee para sí.*)
BRIGIDA. Buenas son, y como pesa. (*Sonando el bolsillo.*)
Bendito seas, amen.
DOÑA INES. ¡Ah! (*Acabada la lectura.*)
BRIGIDA. ¿Qué es eso?
DOÑA INES. (*Envuelve la carta en el pañuelo.*) Nada, nada.
BRIGIDA. (*Queriendo arrebatarla la carta.*)
¿Cómo nada? Yo veré...
pero me estorba lo negro.
DOÑA INES. Brígida.
BRIGIDA. Vamos á ver.
Que una traiga, y lleve, y traiga
haciendo el número tres,
y mas traiga y despues lleve
mil veces si es menester,
teniendo parte en el juego
de damas ó de algedréz,

fácilmente se concibe;
pero andar una muger
de mis años y mis tocas
con los hilos de la red,
sin alcanzar el tamaño
ni el color que tiene el pez,
es deshonrar el oficio:
y primero gritaré
diciendo...

DOÑA INES. Calla, por Dios.

BRIGIDA. ¿A mí secretos?

DOÑA INES. No ves
que si gritas esa bolsa...

BRIGIDA. La he ganado.

DOÑA INES. Ya lo sé;
pero si gritas...

BRIGIDA. Silencio...
pasos siento, oigo toser...
(Perder mis cincuenta doblas...)
Punto en boca, callaré. (*Guardando la bolsa.*)

DOÑA INES. Me das la vida.

BRIGIDA. De vida
tengas cien años, y cien.

DOÑA INES. (Y llegará... y sorprendiendo
á Rodrigo... mi deber
es avisarle... no, nunca...
su cariño... la honradez
con que me sirve de padre...
y el otro... ¡lucha cruel!)

BRIGIDA. ¿Qué murmuras?

DOÑA INES. Nada, dueña.

BRIGIDA. Cuidado conmigo.

DOÑA INES. Es
que medito.

BRIGIDA. Cuando el diablo,
y lo mismo la muger,
medita...

DOÑA INES. Viene mi tio:
por Dios la lengua deten.

ESCENA V.

Doña Inés. Brígida. Rodrigo.

Rodrigo. Ines...
Doña Ines. Señor...
Rodrigo. ¡Oh! bien haya
tu angelical hermosura.
Doña Ines. Tanto favor.
Rodrigo. Porque eres
hermosa como ninguna.
Doña Ines. Cuán bueno sois...
Brigida. Mi señor
es, Inés, la bondad suma;
discreto, siempre jovial,
medios de complacer busca;
y cuando jóven, Dios sabe
que en mas de cuatro aventuras
amorosas...
Rodrigo. Calla, dueña,
no traigas á mi confusa
memoria tiempos pasados.
Doña Ines. ¿Os causan enojos?
Rodrigo. Nunca.
Pero así como el mancebo
sus verdes años abulta,
y aumentándoselos cree
ser mas hombre en su locura,
así el viejo cuando cuenta
por cada falta una arruga,
contemplando sus inviernos,
de tanta nieve se asusta.
Brigida. No somos tan viejos...
Rodrigo. Brígida,
si en tus adentros calculas
que sesenta navidades...
Brigida. Cincuenta y nueve...
Rodrigo. Por una
no hemos de reñir, son pocas
sesenta mas acumula.
Y las edades dejando,

que es discusion importuna,
dime, Inés, ¿se ha despedido
Hernan de tí?

DOÑA INES. ¿Quién lo duda?
Sabeis, señor, que mi deudo
siente fraternal ternura
por mí...

RODRIGO. Todos te adoramos
en esta mansion que alumbras
con la luz de tus miradas.

DOÑA INES. Bajo su rica armadura
hermoso estaba mi primo.

RODRIGO. Sí, que las flotantes plumas
y bruñido yelmo alzaban
su aventajada estatura.
Padre soy, mucho le quiero,
y en él mi orgullo se funda.
En mi aposento encerrado
sentí una terrible lucha,
como aquel que en su interior
graves desdichas anuncia:
voy á detenerlo, escucho
resonar las herraduras
de su fogoso alazan
sobre losas que retumban:
corro á la ventana; Hernando
con belicosa apostura
al frente de sus cien lanzas
sale al trote y me saluda.
Al verlo tan arrogante
se desvanece mi angustia,
y en vez de llamarle, grito
«valor y buena fortuna.»
Se adelantó el escuadron
de la noche entre la bruma,
y ví la faz de mi Hernando
á un claro rayo de luna.

DOÑA INES. Mucho lo amais...

RODRIGO. Es mi hijo...

DOÑA INES. Teneis razon: ¡oh! ¡cuán pura
es la poderosa llama
que el pecho de un padre inunda!

y yo huérfana...

RODRIGO. Hija mía.

DOÑA INÉS. ¡Ay! Dejad que en mi amargura...

ESCENA VI.

DOÑA INÉS. BRÍGIDA. RODRIGO. NUÑO *presuroso.*

NUÑO. Se... ñor.

RODRIGO. ¡Nuño!

BRIGIDA. ¡Cuánto afan!

DOÑA INÉS. ¿Qué sucede?

BRÍGIDA. Cuenta.

NUÑO. Espera.
¡Uy! ¡Qué susto, qué carrera!

RODRIGO. ¿Está en peligro mi Hernan?

NUÑO. Señor... en balde me afano,
y estoy sudando de fijo.

RODRIGO. ¿Qué es de Hernan? ¿Qué es de mi hijo?

NUÑO. Se fué.

RODRIGO. ¿Se fué?

NUÑO. Bueno y sano,
y á escape. Media jornada
juro á Dios que tendrá hecha.

RODRIGO. ¿Se alejó?

NUÑO. Como una flecha:
yo le ví.

RODRIGO. No temo nada;
descansa.

NUÑO. Quiero contar,
que es mi relacion muy séria.

BRÍGIDA. ¿Te esplicarás?

NUÑO. Y en materia.

BRÍGIDA. Habla, pues.

NUÑO. Voy á empezar.
Despues que cabalgó Hernando,
en rico trage de guerra,
yo salí tras él pié á tierra,
que quiere decir, andando.
Hasta el campo me llevó
su apostura y marcial brio:
«Adios, le dije, hijo mio;»

yo me quedé y él marchó.
Entro en la ciudad, y veo
agruparse de repente
acá y acullá la gente,
y oigo estraño clamoreo.
Se acerca Fortun, lo llamo,
mas como potro al que espuela
le dan, me dice: «huye, vuela;»
y echa á correr como un gamo.
La gente corre azorada,
cual de un ataque imprevisto...

DOÑA INES. (Rodrigo.)

RODRIGO. ¿Pero qué has visto?

NUÑO. Verdaderamente, nada.

RODRIGO. Y sin la causa saber...

NUÑO. Gritaban y maldecian,
y cuando todos corrian...

RODRIGO. ¿Qué?

NUÑO. Deberian correr.

BRIGIDA. Pánico terror te aqueja;
tienes pobre corazon.

NUÑO. Buen principio de sermon
entona la...

BRIGIDA. ¿Qué?

NUÑO. La vieja.

BRIGIDA. ¡Nuño!

RODRIGO. Calla: su pavor
el seso le ha trastornado.

DOÑA INES. (Debo decirlo.) Engañado
quizás no estará.

ESCENA VII.

DOÑA INES. BRIGIDA. RODRIGO. NUÑO. FORTUN.

FORTUN. Señor.

RODRIGO. Fortun.

FORTUN. Contienda y muy brava
tenemos.

DOÑA INES. ¡Gran Dios!

BRIGIDA. ¡Piedad!

FORTUN. Han entrado en la ciudad

las tropas de Calatrava.
Y en empeñada porfia,
gritando Isabel ó Juana,
por distinta soberana
se combate.

NUÑO. Lo decia.

RODRIGO. ¡Silencio! ¿Nuestro enemigo
terrible hueste presenta?

FORTUN. Quizás la noche la aumenta.

RODRIGO. ¿Quién la manda?

FORTUN. D. Rodrigo
Tellez de Giron.

DOÑA INES. Sí.

RODRIGO. Vamos.
Que blason contra blason
no ha de doblar un Giron:
mi Pulgar. Pronto, salgamos.
(*Arranca una espada de uno de los trofeos.*)
Y pues la lucha empeñada
está, probaré en la lid
estos pulgares.

FORTUN. Vestid
la cota.

RODRIGO. Buena es la espada.
(*Sale acompañado de Nuño y Fortun.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INES. BRIGIDA.

BRIGIDA. ¡Santa Virgen del Pilar!
¡Ay! yo me acojo á tu abrigo.

DOÑA INES. (¿Qué será de don Rodrigo!
¿Qué de Perez de Pulgar!)

BRIGIDA. ¿No escuchas rumor? Yo siento
ruido de pasos... ¿Serán
ellos? ¡Si estuviera Hernan!...

DOÑA INES. Su partida no lamento.

BRIGIDA. ¿Qué dices?

DOÑA INES. Nada... (¡Dios mio!
Se cruzarán las espadas,
y en sangre serán bañadas

de mi amante ó de mi tio.)

(*Abriendo Brígida las maderas y entrando.*)

BRIGIDA. ¿Oyes? Desde este balcon
veré... brillan á lo lejos (*Desde el balcon.*)
las espadas... sus reflejos
alumbran... ¡Qué confusion!
¿No tiemblas, Inés?... No puedo
(*En la escena.*)
hablar... si no estoy en mí...
¿Tú no tienes?...

DOÑA INES. Dueña, sí;
te juro que tengo miedo.
Aquí siento una opresion....
(*Se pone la mano sobre el corazon.*)
una angustia... una congoja...

BRIGIDA. ¿Dicen que el de la cruz roja
es bravo como un leon?

DOÑA INES. Dicen bien; es muy valiente.

BRIGIDA. Y, si se dá buena traza,
dueño de toda la plaza
hasta aquí traerá su gente.

DOÑA INES. Si llegara...

BRIGIDA. Y tras sus huellas
llegarán desenfrenados
esos malditos soldados
que hacen dueñas de doncellas.

DOÑA INES. Sí llegarán; pero él
con firme diestra...

BRIGIDA. ¿Has oido?
en el jardin hacen ruido
y menos suena el tropel.
¡Y abierto el balcon! Sin tus
ni mus alguno pudiera
entrar... Cierro la madera...
¡Jesus, mil veces, Jesus!

(*Se acerca al balcon, y retrocediendo asustada se encierra en la habitacion de Rodrigo.*)

ESCENA IX.

DOÑA INES. EL MAESTRE, *que entra por el balcon armado y calada la visera.*

DOÑA INES. ¡Piedad!
MAESTRE. No es un enemigo
quien entra aqui, doña Inés;
y de ello el cielo es testigo.
DOÑA INES. ¿Esa es la voz!...
MAESTRE. De Rodrigo,
que se prosterna á tus pies.
(*Se arrodilla y alza la visera.*)
DOÑA INES. Un año entero pasó
sin que te viera.
MAESTRE. Sí, á fé.
¡Mucho el ánima sufrió,
y jamás olvidaré!...
DOÑA INES. ¡No has sufrido como yo!
MAESTRE. En mi amante frenesí,
por solo un instante verte,
esta conquista emprendí,
y despojos á la muerte
ha dado mi espada.
DOÑA INES. ¿Sí?
MAESTRE. Por tí, en sangrienta querella,
hermosa, mi espada brilla,
y sangre marca mi huella.
DOÑA INES. Rodrigo.
MAESTRE. Vales, mi bella,
mas que el trono de Castilla.
DOÑA INES. Loco estás.
MAESTRE. Sí, mi locura
es amoroso arrebato
que no paga tu hermosura.
DOÑA INES. ¡Ay! no conoces, ingrato,
lo inmenso de mi ternura.
Y quizás, amado mio,
no alcanzas adonde alcanzo
en amante desvarío.
MAESTRE. Por tí se aumenta mi brio,

y á la muerte me abalanzo.
DOÑA INES. ¡A la muerte!
MAESTRE. La ciudad
brota armados defensores,
que combaten sin piedad:
mas no temo sus furores
si me anima tu beldad.
DOÑA INES. ¿Y los tuyos?
MAESTRE. El acero
esgrimen en retirada.
DOÑA INES. ¿Solo estás?
MAESTRE. Tengo una espada,
un caballo... un escudero.
DOÑA INES. ¡Oh, tiemblo!
MAESTRE. No temas nada.
DOÑA INES. Vete, Rodrigo...
MAESTRE. ¿Dejarte!
DOÑA INES. Sí, no dudes, es preciso.
MAESTRE. ¡Inés!
DOÑA INES. ¿Estás indeciso?
MAESTRE. ¿No piensas que abandonarte
es perder un paraiso!
DOÑA INES. ¿Y si tu gente vencida
huye de tu vencedor?
MAESTRE. Me quedará mi valor.
DOÑA INES. En poco estimas la vida.
MAESTRE. Estimo en mucho tu amor.
DOÑA INES. Tu tranquilidad me aterra.
MAESTRE. Tranquila es mi condicion.
DOÑA INES. ¿Por qué esa resolucion?
MAESTRE. Porque sufre cruda guerra,
hermosa, mi corazon.
Porque al pisar esta estancia
juré á la cruz de mi acero,
por la fé de caballero
y castellana arrogancia,
llevarte, Inés, en mi overo.
DOÑA INES. ¿Qué dices?
MAESTRE. Que seguirás
á quien te adora rendido;
que conmigo partirás.
DOÑA INES. ¡Jamás!

MAESTRE. ¿Qué has dicho!
DOÑA INES. ¡Jamás!
MAESTRE. Tu amor has dado al olvido.
DOÑA INES. Te amo, como adora á Dios
el serafin amoroso.
MAESTRE. Tú no quieres mi reposo.
Huyamos juntos los dos.
DOÑA INES. No eres, Rodrigo, mi esposo.
MAESTRE. Yo tu esposo seré ufano,
mirándome en el emporio
de la dicha porque afano.
¿Pero me darán tu mano
Pulgar y don Luis Osorio?
DOÑA INES. ¿No eres noble!
MAESTRE. Sí; y entiendo
que de nobleza y laurel
voy doble blason ciñendo;
pero á Juana yo defiendo
y ellos á doña Isabel.
DOÑA INES. ¿Qué importa? si yo te adoro,
¿cómo podrán impedir
nuestra union?
MAESTRE. Tan gran tesoro,
ni con ruegos, ni con oro
podré de ellos conseguir.
DOÑA INES. ¿Y qué hacer!
MAESTRE. Lejos se escucha
de la batalla el rumor.
¡Ay, no saldré vencedor!
Mi falange apenas lucha:
solo me queda tu amor.
DOÑA INES. Yo te adoro.
MAESTRE. Mi corcel,
al viento dando su crin,
á la puerta del jardin
espera: monten en él
la dama y el paladin.
Y verás que en la carrera,
al viento que lo engendró
el noble bruto supera.
No mas vacilar.
DOÑA INES. Espera,

Rodrigo.

MAESTRE. Sígueme.

DOÑA INES. No.

MAESTRE. ¿No?

DOÑA INES. ¡Jamás!

MAESTRE. Lejos de tí
es la existencia un tormento,
que largos meses sufrí.

DOÑA INES. Tambien lo he sufrido.

MAESTRE. Aquí
para no sufrir me siento. (*Lo hace.*)

DOÑA INES. ¿Y si vienen?

MAESTRE. Hallarán
á Giron. ¿Te maravilla?
Soy un rebelde en Castilla.
Al verdugo entregarán
mi cabeza, y su cuchilla...

DOÑA INES. ¡No, no!

MAESTRE. Verás cómo corre
mi sangre, noble é hirviente,
en rica y sonora fuente...
Para que el rastro se borre
vierte una lágrima ardiente.

DOÑA INES. No, no, Rodrigo... no quiero.
El fragor de la batalla
cesó... el choque del acero
no percibo... calla, calla...
oigo el paso de un guerrero.

MAESTRE. Yo tambien.

DOÑA INES. Y otros mas.

MAESTRE. Sí.

DOÑA INES. Huye, por Dios.

MAESTRE. No lo esperes.

DOÑA INES. Huye. ¿Qué quieres de mí?

MAESTRE. Nada.

DOÑA INES. Por piedad... ¿qué quieres?

MAESTRE. Dejar vida y honra aquí.

DOÑA INES. Huye; mas cerca el rumor
escucho.

MAESTRE. No importa.

DOÑA INES. Huyamos.

MAESTRE. ¿Juntos? (*Levantándose.*)

DOÑA INES. Me turba el dolor. (*Retrocediendo.*)
MAESTRE. Me engañé. (*Sentándose.*)
DOÑA INES. Se acercan; ¡vamos!...
(*El Maestre se levanta, y al querer llevarse á doña Inés, esta retrocede.*)
Pero primero es mi honor.
Huye tú.
MAESTRE. Vana porfia.
DOÑA INES. Evita el golpe mortal.
Se acercan.
MAESTRE. Pronta agonía
me prepara este puñal.
(*En ademan de herirse.*)
DOÑA INES. ¡Oh Dios!
(*Desmayándose y dejando caer su pañuelo.*)
MAESTRE. Se desmayó: es mia.
(*Tomándola en sus brazos y conduciéndola al balcon, en el cual dice los últimos versos.*)
No temas, blanca paloma,
que me fatigue la carga
que exhala tan rico aroma.
Garcés, los brazos alarga,
y este rico joyel toma.

ESCENA X.

RODRIGO *se presenta en la puerta del fondo apoyándose en la punta de su espada, y sostenido por* NUÑO *y* FORTUN.

FORTUN. Señor, con tantas heridas
no puedes mover la planta.
RODRIGO. No importan, Fortun, no importan;
que aun tiene fuerzas el alma.
Piérdese mi sangre, es cierto,
pero está la ciudad salva.
NUÑO. Siéntate, señor.
RODRIGO. Acerca
ese sitial. ¡Cuánta falta (*Sentándose.*)
me hace Hernando: el hijo mio
este trance presagiaba.
NUÑO. ¡Vive Dios! que hubiera hecho
Hernan riza en la canalla.

RODRIGO. Bien está así: el enemigo
volvió al cabo las espaldas,
sacando, en vez de laureles,
vilipendio de esta plaza;
y prefiero que mi Hernando
por primera vez su lanza
enristre contra estrangeros,
que oprimir quieren la pátria;
pues contra propios blandirla,
fuera, Nuño, mancillarla.

FORTUN. Dices bien, señor, no corta
con desenfado la espada,
cuando ha de embotar sus filos
sangre noble y castellana.
Vinieran moros ó francos
á presentarnos batalla,
y estragos ellos verian
que no vió el de Calatrava.

RODRIGO. Me siento mal... ¡Hijo mio!
¡Inés!... Vé, Nuño, á su estancia,
que mis dolores aumentan
la soledad de esta casa.

NUÑO. Corro, señor.

(*Entrando en las habitaciones de doña Inés.*)

RODRIGO. Necesito
verla, quizás consolarla:
sentirá, porque es un ángel,
como suya mi desgracia.

NUÑO. (*Volviendo á la escena.*)
Señor, señor, he corrido
alcoba, retrete y cámara,
y ni doña Inés ni Brígida
en parte alguna se hallan.

RODRIGO. Solas quedaron, y oyendo
el estruendo de las armas,
quizás á mi habitacion
huyeron amedrentadas.

NUÑO. (*Empujando la puerta de la izquierda*)
Está corrido el cerrojo.

RODRIGO. Dentro se encontrarán, llama.

NUÑO. Al instante voy á hacerlo
con obras y con palabras.

(*Golpea y grita.*) Brígida, Brígida, sal,
soy Nuño, no temas nada,
que huyendo van como liebres
las tropas de doña Juana.
Brígida.

BRIGIDA. Nuño. (*Desde dentro.*)
NUÑO. No temas.
BRIGIDA. ¿Eres tú?
NUÑO. Yo soy.
BRIGIDA. Aguarda.

ESCENA XI.

RODRIGO, NUÑO, FORTUN, BRIGIDA.

RODRIGO. Brígida.
BRIGIDA. Señor.
RODRIGO. ¿Y Inés?
BRIGIDA. ¿Venís herido?
RODRIGO. No es nada.
¿En dónde está Inés?
BRIGIDA. Señor...
RODRIGO. ¿No me respondes? acaba.
BRIGIDA. Yo no sé.
RODRIGO. ¿Pero...?
BRIGIDA. Quedamos
las dos...
RODRIGO. Sigue.
BRIGIDA. En esta sala,
ruido escuchando á lo lejos
de golpes y cuchilladas.
Soy muy medrosa, señor,
y al escucharlo temblaba,
cuando...
RODRIGO. Prosigue.
BRIGIDA. Un guerrero
entró por esa ventana.
RODRIGO. ¿Y...?
BRIGIDA. Señor, en tu aposento
me encerré desatentada.
RODRIGO. ¿Y en tanto Inés?
BRIGIDA. Quedó sola.

RODRIGO. ¡Dios te confunda!
BRIGIDA. A tus plantas
imploro perdon: el miedo
y mi gran turbacion...
RODRIGO. Alza.
¿Qué dirá Don Luis Osorio?
Dirá con razon que guarda
de Inés no debí ser nunca,
si así sabía guardarla.
¿Al guerrero conociste?
BRIGIDA. No.
RODRIGO. ¿Era su estatura?
BRIGIDA. Alta.
RODRIGO. ¿Y su faz?
BRIGIDA. No pude verla.
RODRIGO. ¿En la cimera llevaba plumas?
BRIGIDA. Muchas.
RODRIGO. ¿Su color?
BRIGIDA. No sé si negras ó blancas.
RODRIGO. ¡Miserable! así me quitas
todo asomo de esperanza.
(*Alzando el pañuelo de Doña Inés y desdoblándolo.*)
NUÑO. Señor, señor.
RODRIGO. ¿Qué...?
NUÑO. Tomad
un pañuelo y una carta.
RODRIGO. ¡Este pañuelo es de Inés!
Dame. Quizás veré claras
en las líneas del billete
las sospechas que me matan.
(*Leyendo.*) «Ausente, Inés, hace un año,
no me animan tus miradas,
y arrastro la triste vida
como insoportable carga.
Hoy defienden nuestros deudos
con teson distinta causa,
y un insuperable muro,
hermosa Inés, nos separa.
Insuperable..... mentí;
¿qué no supera quién ama?
todo lo arriesgo en un dia
para terminar mis ansias.

Hoy llegan mis caballeros
con banderas desplegadas
á Ciudad-Real, y esta noche
escalarán sus murallas.
Por tí venceré, no temas,
que antes de lucir el alba
estará á tus pies = «Rodrigo,
Maestre de Calatrava.»
(*Levantándose.*) Pronto un caballo, Fortun,
pronto una cota de malla.

FORTUN. Señor...

RODRIGO. ¿Por qué te detienes?
Y una espada toledana.
¡Tellez de Giron, espera!
¡Tellez de Giron, repára!
que soy noble, y que tú mismo
has deshonrado mis canas.
(*Quiere dar un paso, pero vacila y lo sostienen.*)
¡Estas heridas!... Mi sangre
Que hierve y no se restaña... (*Debilitándose.*)
Este corazon brioso
y este cuerpo que desmaya.
(*Cayendo en el mismo sitial.*)
No puedo: mi mano tiembla;
sobre mis pupilas pasa
una nube... ¡Y deshonrado!
¡Hernan, tu padre te llama,
que el honor de tu familia
está pidiendo venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA *y* NUÑO.

NUÑO. Triste estás.
BRIGIDA. Cómo ha cambiado
todo en esta casa, Nuño,
y en vez de dulce alegria
reinan amargos disgustos.
NUÑO. Tienes razon: bien hablaba
mi padre, viejo machucho
y buen cristiano, diciendo
que todo cambia en el mundo.
Hace un mes que mi señor
estaba sano y robusto,
como la grana encarnado
y derecho como un junco.
Ahora pálido, abatido,
encorbado, taciturno,
con suspiros se alimenta;
y perdiendo el vital jugo
¡ay Brígida! paso á paso
se va llegando al sepulcro.
BRIGIDA. Está muy débil.
NUÑO. Ha dicho

ese médico, ese brujo
que le asiste, porque médicos
y diablos todos son unos;
que si pronto la dolencia
no cambia su fatal rumbo,
sus deudos y sus criados
vestirán en breve luto.

BRIGIDA. Pobre señor, le ví ayer
en llanto, los ojos turbios,
al acordarse de Hernan.

NUÑO. Es Hernando su hijo único
y lejos de él, se enternece
hallándose moribundo.
Pero lo que mas aflige
á mi señor, lo que á punto
de llorar llanto de sangre
le pone, es el grave insulto
que recibió en la persona
de...

BRIGIDA. No sigas, ya presumo
de quién hablarás, y siento
desarreglarse mi pulso.
Ella, tan niña, tan cándida
al parecer, darme un susto
semejante; la edad verde
que propensa es á disturbios,
y como la verde leña,
antes de arder echa humo.
Solo debieran amar
hombres de seso, machuchos:
como tú.

NUÑO. ¿Sí?

BRIGIDA. Y á mugeres
granadas.

NUÑO. Como tú.

BRIGIDA. Justo.
Y si no responde: Inés
con poco mas de tres lustros,
se enamora de un cualquiera
que la viene con dibujos,
y arma la de Dios es Cristo
por fugarse con un tuno.

Yo, que cuento algunos años
mas, con maduréz discurro,
y antes de recompensar
un amor tan casto y puro
como el que tú me profesas,
con calma y recelo escucho
tus amorosas palabras
y tus discretos discursos.

NUÑO. Brígida.

BRIGIDA. Muger al fin,
contra mi corazon lucho,
pero ni promuevo guerras,
ni trastornos, ni me fugo.

NUÑO. ¡Ay Brígida! tengo celos.

BRIGIDA. ¿Celos, de quién?

NUÑO. Del difunto.

BRIGIDA. ¿Estás loco?

NUÑO. El tocaria
esas manos, ó esos puños
antes que yo con sus labios.
El...

BRIGIDA. Me enojas.

NUÑO. ¡Cuánto sufro!
Ver entre tú y yo su sombra,
su esqueleto, y hasta el túmulo.
¿Por qué no te conocí
antes de venir al mundo!

BRIGIDA. No llores.

NUÑO. Y luego esquiva
estás con el mas estúpido
de tus amantes.

BRIGIDA. Porque
mi cariño disimulo.

NUÑO. ¿Me amarás siempre?

BRIGIDA. Sí, siempre.

NUÑO. ¿Y me amarás tambien mucho?

BRIGIDA. Como...

ESCENA II.

BRÍGIDA. NUÑO. RODRIGO *apoyándose en el brazo de* FORTUN *sale de su estancia y se dirige con paso trémulo á un sillon de nogal tallado.—Brígida y Nuño lo rodean.*

FORTUN. En el lecho mejor
estabais. Ya se apresura
el pulso, la calentura
crece y os poneis peor.
RODRIGO. Puede ser: pero en mi afán
mi dolorosa fatiga
algun tanto se mitiga
mudando de sitio, ¡Hernan!
NUÑO. ¿Qué teneis señor?
RODRIGO. No sé:
con negro manto de duelo
descubro el que hermoso cielo
en otro tiempo admiré,
en vano buscando voy
un destello de alegria...
BRIGIDA. Señor, hermoso está el dia.
RODRIGO. Solo y abatido estoy.
BRIGIDA. Es verdad, y Doña Inés...
RODRIGO. Calla, dueña.
BRIGIDA. Tanto agravio...
RODRIGO. Su nombre quema mi labio
si lo pronuncio; y despues
no tener fuerza bastante
para castigar el dolo
de Giron, y hallarme solo,
y mi paso vacilante
no afirmar pasando el brazo
por el brazo de mi hijo...
FORTUN. Señor...
RODRIGO. En vano me aflijo:
no tardará mucho el plazo
de mi muerte, y mis enojos
pronto término tendrán.
¡Oh! quiera el cielo que Hernan
cierre mis cansados ojos!

FORTUN. Permíteme, mi Señor,
y no me pidas demora,
que al punto marche á Zamora
y avise á Hernan...
NUÑO. Servidor,
sino valiente, leal
soy: si me permites que vaya
en su busca, hasta la raya
llegaré de Portugal.
BRIGIDA. Y es justa su peticion:
enfermo estás, abatido.
RODRIGO. Dejadlo allí, no ha cumplido
su primera obligacion.
FORTUN. Estás tan doliente...
RODRIGO. Sí:
pero del honor la ley
manda, que á patria y á rey
sirva primero que á mí.
Y esta ley, la cumplirá
como yo, sin deferencia;
pues será el honor la herencia
que su padre le dará.
Podré morir suspirando
por él, sin faltarme brio
para morir.

ESCENA III.

BRÍGIDA. NUÑO. RODRIGO, FORTUN *y* HERNAN, *armado, con la visera levantada y cubierta de polvo.*

HERNAN. ¡Padre mio! (*Arrodillándose.*)
RODRIGO. Ven á mis brazos, Hernando. (*Se abrazan.*)
¡Ay! Déjame... (*Cayendo sobre el sitial.*)
HERNAN. ¿Ese clamor?
¿Esa téz descolorida?
BRIGIDA. Tiene una profunda herida.
HERNAN. ¿Una herida?
RODRIGO. Con honor
la recibí peleando,
y de caballero á ley
por la patria y por el rey,

por Isabel y Fernando.

HERNAN. ¿En dónde tu herida está?

RODRIGO. Varias son.

HERNAN. Al cielo pida
favor quien te hirió: una vida
por cada herida dará.

RODRIGO. ¡Hijo!

HERNAN. Escúchame, y el cielo
séame testigo; esta espada,
fué por un rey regalada
en Antequera á mi abuelo.
A ella y á la santa cruz,
que mi segundo ascendiente
bañó en la sangre caliente
de mas de un moro andalúz:
á la sombra de mi madre
de dulcísima memoria,
que desde un trono de gloria
me contempla: al tierno padre
que desde niño adoré:
al que tantos mundos mueve,
juro del traidor aleve...

RODRIGO. Detente, detente.

HERNAN. ¿Qué
puede impedir?...

RODRIGO. Mi mandato.

HERNAN. Fortun, mi caballo y lanza:
yo quiero tomar venganza
quiero arrancar...

RODRIGO. Insensato,
sobre tí mi maldicion
caerá si desobediente...

HERNAN. ¡Detente, padre, detente!...

RODRIGO. Te maltrato sin razon;
siempre sumiso te ví
aun en la mas tierna edad:
¿cumplirás mi voluntad?

HERNAN. ¡Padre!

RODRIGO. ¿La cumplirás, dí?

HERNAN. ¡Padre!

RODRIGO. Escúchame: he lidiado
para cumplir mi destino

contra el moro granadino
como cristiano y soldado;
para legarte laureles
aun sin haberlos ceñido
con gusto hubiera perdido
la vida á manos de infieles.
Mas quiso mi mala estrella,
y es la desdicha que lloro,
saliera salvo del moro
y herido en civil querella.

HERNAN. La diestra que te ofendió
sea noble ó villana y fuerte,
no impedirá que la muerte
cunda por sus venas...

RODRIGO. No.
No usaré de padre el mando:
te lo ruega un moribundo
que al despedirse del mundo
á un hijo suplica, Hernando.

HERNAN. ¡Padre!

RODRIGO. ¿Es verdad que perdonas
á quién me hirió?

HERNAN. Padre, sí;
pero...

RODRIGO. ¿Es verdad que por mí
toda venganza abandonas?

HERNAN. ¿Lo quieres, padre?

RODRIGO. Lo quiero.

HERNAN. Perdono, padre, por vos.

RODRIGO. Por tu patria y por tu Dios
blande tan solo el acero.

HERNAN. ¡Y por mi honor!

RODRIGO. ¡Es verdad!
y ahora...

HERNAN. ¿Qué?

RODRIGO. (Su cruda saña
temo); cuenta tu campaña.

HERNAN. A tí solo.

RODRIGO. (*A los criados.*) Despejad.

BRIGIDA. Señor, si algunos momentos...

RODRIGO. Vete.

BRIGIDA. La puerta me cierra.

FORTUN. Y á mí que muero por guerra.
NUÑO. Y á mí que peno por cuentos. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

RODRIGO *y* HERNAN.

RODRIGO. ¿Cómo el rey te recibió?
HERNAN. Como á su alteza cumplia,
con agrado y cortesía
y por tí me preguntó.
RODRIGO. En mucho estima su alteza,
pues sabe cuanto ha valido,
el honor de mi apellido.
HERNAN. Mucho encomió tu nobleza.
Despues, sin tomar reposo
ni vacilar una hora,
marchamos sobre Zamora
en escuadron numeroso.
Allí ví, señor, y aun es
el recordarlo mancilla,
sobre torres de Castilla
el pabellon portugués.
Y juré sobre mi acero
en daño de Doña Juana,
no recibir soberana
de manos de un estrangero.
El rey asentó prudente
sobre la ciudad sus reales,
poniendo á los mas leales
do era el peligro inminente.
Pedí á su alteza, señor,
mirando el marcial apresto,
del mayor peligro el puesto
para ganar mas honor.
Y con marcial ardimiento
ó juvenil vanidad,
ví de un lado la ciudad
y del otro el campamento.
RODRIGO. Eres mi sangre.
HERNAN. Pasamos
ante los muros un mes,

y ataques del portugués
mas de una vez rechazamos.
Bajo la cota latia
de orgullo mi corazon
cuando tronaba el cañon
y el atambor se batia.
Llega el ataque por fin:
al relinchar los bridones
y los armoniosos sones
oir del bélico clarin:
al ver alguno, que osado,
cual si del riesgo seguro
estuviera, llega al muro
y ataca determinado:
al ver los fosos cubiertos
de los que miran esquivos
la muerte, y trepar los vivos
sobre trincheras de muertos,
corro: de mi corcél salto;
el rey un punto señala
de ataque; cojo una escala
y voy con ella al asalto.
Sígueme noble cortejo
que merma airado cañon,
me acuerdo de mi blason
y ni una pulgada cejo.
La sangre á mi lado corre,
mas su vista no me espanta,
y fijo por fin la planta
en una almenada torre.
Me abre paso mi cuchilla
y con voz atronadora
grito el primero, «¡Zamora
por Isabel de Castilla!»

RODRIGO. ¿Sí?...

HERNAN. Sensaciones estrañas
dentro del alma sentí.

RODRIGO. ¡La gloria!

HERNAN. ¿La gloria!

RODRIGO. ¡Sí!
Pulgar el de las hazañas.

HERNAN. Todos, señor, combatimos

con igual fé por lo menos
portándonos como buenos
y como buenos vencimos.
Declarada la victoria
el rey me llamó; acudí,
y guardaba para mí
una parte de su gloria:
pues me dijo, señalando
por donde salté las vallas:
«Tu abuelo empujó murallas
y tú las pisas, Hernando.»
«Por recompensa primera
te dá esta espada mi anhelo
como se la dió á tu abuelo
Don Fernando el de Antequera.»
Y sin á su bondad tasa
poner, la espada me dió
y en el acto me nombró
contínuo de su Real casa.

RODRIGO. Tu diestra, Hernan, ¿la violencia
(*Tomando la mano de Hernan y poniéndola sobre su pecho.*)
de un corazon inflamado
percibes? ha prolongado
tu relato mi existencia.
De la juventud la llama
me anima cuando te escucho;
tienes, hijo mio, en mucho
de tu apellido la fama.

HERNAN. Señor, no lidié atrevido,
y sin presentar disculpa
quiero confesar mi culpa,
por encumbrar mi apellido:
pues corriendo á la victoria
quise comprar el tesoro
de la hermosura que adoro,
dándola en pago mi gloria.

RODRIGO. ¿Amas, Hernan?

HERNAN. Hace un año
con ardiente frenesí.

RODRIGO. ¿Y por qué has guardado, dí,
un silencio tan estraño?

HERNAN. Porque al pedirte, señor,

su bella mano, queria
merecer la dicha mia
en pago de mi valor.

RODRIGO. ¿Yo he de dártela?

HERNAN. A tus pies,
como noble y castellano,
te pido, señor, la mano...

RODRIGO. ¿De quién, Hernando?

HERNAN. De Inés.

RODRIGO. ¿De tu prima?

HERNAN. Padre mio,
es la dicha que ambiciono:
sea mi esposa, y hasta un trono
sabrá elevarla mi brio.

RODRIGO. ¡Qué dices!

HERNAN. Señor, sé bien
que aspiro á grande ventura...
¿tan soberana hermosura
quién puede merecer, quién?
Pero el amor que me inflama
es tan voráz, tan intenso,
tan divino, tan inmenso,
tan grande y pura su llama...

RODRIGO. ¡Calla, Hernando!

HERNAN. ¿Desechais
mi voto por atrevido?
¿Lo que humildemente os pido,
padre y señor me negais!

RODRIGO. No, pero...

HERNAN. Padre, ¿tal vez
la que adoro, recompensa
alguna pasion inmensa?
Responde.

RODRIGO. La brillantéz
de tu mirada me aterra.

HERNAN. Habla, señor...

RODRIGO. Un momento
retírate á tu aposento:
y cuando el trage de guerra
hayas dejado, mi Hernando
volverás...

HERNAN. ¿Por qué el delirio

prolongas de mi martirio?

RODRIGO. Despues...

HERNAN. Padre mio...

RODRIGO. (*Va á salir Hernan.*) Lo mando.
Perdona; inflecsible soy,
pero tu dicha apetezco,
y cuando...

HERNAN. Padre obedezco.

RODRIGO. Pero...

HERNAN. No sigas, me voy. (*Vase.*)

ESCENA V.

RODRIGO.

Hernando, Hernando, hijo mio,
en mal hora tanto amor,
para amargar mi agonía
abriga tu corazon.
Amante, jóven, bizarro,
rico en honra y en valor,
me pides la recompensa
que tu espada conquistó;
y en vez de abrirte los brazos
con paternal efusion;
en lugar de darte albricias
con el gesto y con la voz,
una penetrante espada
clavaré en tu pecho... No. (*Pausa.*)
¿Y cómo callar? ¿No grita
con ronco acento el honor;
el honor, alma del hombre
como de los mundos Dios! (*Pausa.*)
Turbado estoy: ante el ara
quizás Tellez de Giron
palabra y mano de esposo
á Doña Ines entregó.
No sepa Hernan... ¡Insensato!
¿Cómo ocultarle el horror
de un desengaño que muerte
llevará á su corazon? (*Pausa.*)
(*Abatido.*) ¡Infeliz! de cielo y tierra
suplicaba al hacedor,

que antes de morir, un dia,
viera al hijo que me dió;
y al volvérmelo me hiere
con mas agudo dolor.
Siempre el hombre en su camino
marcha de un fantasma en pos,
porque de la providencia.
ocultos los juicios son.

ESCENA VI.

RODRIGO, DOÑA INÉS *de luto* y *cubierto el rostro con un velo se adelanta pausadamente.*

RODRIGO. (*Oyendo pasos y despues viéndola.*)
¿Brígida? Pero ¿quién es
la misteriosa enlutada
que penetra en mi posada?
(*Doña Inés se alza el velo.*)
¡Qué miro!... ¡Cielos! ¡Inés!
(*Levantándose y apoyándose en el sitial.*)

DOÑA INES. Yo soy esa desgraciada.

RODRIGO. ¡Ines, Ines!... Por favor
huye...

DOÑA INES. Escúchame, señor.

RODRIGO. ¿Esa mortal palidéz?

DOÑA INES. Es el sello que el dolor
ha puesto sobre mi téz.

RODRIGO. Sí; y el dolor inclemente
puso su terrible mano
desgarradora y ardiente;
en mas de una noble frente:
contempla la de este anciano.

DOÑA INES. Marchita está, padre mio,
pese á mi dulce esperanza.
¿Para blandir una lanza,
no tendrá tu diestra brio!

RODRIGO. ¿Qué quieres, Ines?...

DOÑA INES. (*Con voz sorda.*) ¡Venganza!

RODRIGO. ¿Venganza, la que en un dia
manchó mi blason, cruel,
con bastarda alevosía?

DOÑA INES. Vengo á que volvais por él,
que es vuestra sangre la mia.
RODRIGO. No tiene mi sangre pura
la que por un amor ciego
eterna afrenta procura,
y á impulso de su locura...
DOÑA INES. (*Con dignidad.*) Escucha, y júzgame luego.
(*Rodrigo se sienta.*) Amé, como al hacedor
los ángeles amarán,
á un hombre altivo y galan,
que la inquietud de mi amor
pagó con amante afán.
Confieso que fuí la esclava,
señor, de vuestro enemigo;
mas su amor no me infamaba
que era mi amante Rodrigo,
Maestre de Calatrava.
Un año entero pasó
sin que le viera, y á fé
que si por mí no penó
jamás olvidaré yo
cuanto en un año pené.
RODRIGO. Prosigue.
DOÑA INES. Pasado el año
llegó una noche...
RODRIGO. ¡Fatal!
DOÑA INES. En la que rompió marcial
don Rodrigo por mi daño
los muros de Ciudad-Real.
RODRIGO. En doblado pergamino
y antes de atacar...
DOÑA INES. Su intento
por un paje me previno.
RODRIGO. Y callaste. (*Con tono de reconvencion.*)
DOÑA INES. Mi destino
lo condujo á este aposento. (*Con amargura.*)
Que marchára le pedia
con el mas humilde ruego;
y á mi ruego respondia,
que de aquí no marcharia
sin llevarme...
RODRIGO. ¡Ines!

DOÑA INES. Y luego,
en ese sitial sentado
dijo con ánimo fuerte,
«estoy de sufrir cansado,
«aquí esperaré la muerte
«para morir á tu lado.»
RODRIGO. ¿Y cediste? (*Con ansiedad.*)
DOÑA INES. No cedí,
y horrible lucha sufria
cuando pasos percibí.
RODRIGO. ¿Y en tu angustia?...
DOÑA INES. Defendí,
como quien soy la honra mia.
Nuevos pasos agitada
escuché: para mi mal
Giron, con la faz airada
desenvainó su puñal...
muger soy... caí desmayada...
RODRIGO. ¿Y despues?...
DOÑA INES. Cuando volví
de mi penoso letargo,
en campo abierto me ví
y, aunque turbada, á lo largo
un castillo descubrí.
La luz de hermoso lucero
se destacaba en la bruma,
y en brazos de un caballero
me hallé, sobre fuerte overo
bañado de blanca espuma.
¿En dónde estoy? «esclamé,»
«entre los brazos de un hombre
«que te dá su mano y fé;»
respondió. Ya sabeis...
RODRIGO. Sé,
sin que lo digas, su nombre.
¿Y entonces?
DOÑA INES. Padre, escuchad.
Le rogué en mi angustia fiera,
invocando su lealtad,
que á mis deudos me volviera,
trayéndome á la ciudad.
Por respuesta, estampó ardiente

sus labios sobre mi frente.

RODRIGO. ¡Inés!

DOÑA INES. Despues, un rastrillo
se levantó, cayó un puente,
y entramos en el castillo...

RODRIGO. Y allí la deshonra. (*Levantándose.*)

DOÑA INES. No...
la copa de la amargura
allí mi labio apuró;
pero mi frente quedó
mas que el sol radiante y pura.

RODRIGO. Gracias.

DOÑA INES. Olvidó Rodrigo
lo que á mi nombre debia,
ví en mi amante un enemigo;
pero el cielo es buen testigo
de que salvé la honra mia.
Valor, constancia y enojos
opuse á pérfidos tiros,
y entre punzantes abrojos
nunca llanto vió en mis ojos,
nunca en mis labios suspiros.
Para vencer, batallar
debí en peligro notorio,
y supe al mundo probar,
que las mugeres de Osorio
son los hombres del Pulgar.

RODRIGO. ¡Ines! (*Con alegria.*)

DOÑA INES. Cambióse al momento
mi amor en ódio violento,
en concentrado furor:
y de mi pecho el aliento,
era un fuego destructor.
Nieve echando sobre el alma
de tal modo me conduje
para conseguir la palma
que con cautela y con calma,
á un jóven paje seduje.
Dos caballos preparó;
ató su escala á una almena,
por ella el paje bajó,
y rompiendo mis cadenas

al punto le seguí yo.
Llego á tus pies ultrajada.
¿He dado de valor muestra?
¿Merezco bien ser vengada?

RODRIGO. (*Con brio.*) Ya no me tiembla la diestra;
ya puedo blandir la espada.
¡Perezca el mal caballero!
A tomar venganza corro,
y allí acero contra acero...

(*Se dirige á tomar una espada, pero á los primeros pasos vacila y cae desmayado, sosteniéndole doña Inés.*)

¡Ay!... perdona, Inés... Yo muero.

INÉS. ¡Señor!... ¡Socorro, socorro!

ESCENA VII.

RODRIGO, DOÑA INÉS, BRIGIDA, NUÑO *y* FORTUN *presurosos.*

NUÑO. ¿Qué sucede? anda, anda lista.

BRIGIDA. ¿Una dama aquí?
(*Reconociendo á doña Inés.*) ¿Qué miro?

DOÑA INES. Acude.

BRIGIDA. ¿Es ella ó deliro?
(*Los criados se detienen.*)

DOÑA INES. Qué, ¿te amedrento ó te admiro?

BRIGIDA. Cómo estás. ¡Dios nos asista!

DOÑA INES. Acercaos.

FORTUN. ¿Y mi señor... (*Acercándose.*)
Desmayado de esta suerte...!

DOÑA INES. Socorredlo por favor.

BRIGIDA. Tú le habrás dado la muerte.

DOÑA INES. ¡Ay! no aumentes mi dolor!
Agua.

NUÑO. Aquí la tienes. (*Trayendo un vaso.*) Bien.

DOÑA INES. Báñale el rostro con ella.

BRIGIDA. (*Echando agua en la frente del anciano.*)
Fortun, al señor sosten.
Maldita, maldita estrella.
Señor.

RODRIGO. (*Volviendo en sí.*)
¿Quién me llama? ¿quién?

¿Qué ha pasado en donde estoy?
Tuve un sueño, y de repente
sentí un gran peso en la frente,
¡Inés! ¿Es Inés? (*Reparando en ella.*)

DOÑA INES. Yo soy.

RODRIGO. No soñé...

DOÑA INES. Señor...

RODRIGO. Detente.
Ni una palabra olvidé:
aun resuenan en mi oido
como lúgubre tañido.
No temas: recobraré
cuanto mi casa ha perdido.

DOÑA INES. Señor...

RODRIGO. Muy debil me siento.
Déjame pensar... Si, falta
á mi corazon aliento,
hay quien empresa mas alta
acabe. Hasta mi aposento (*A Nuño y Fortun.*)
llevadme.

DOÑA INES. ¡Cuánto te aflijo!
¿Cuándo pagaré yo, cuándo
lo que por mí estás penando?

RODRIGO. (*Apoyándose en los brazos de Nuño y Fortun.*)
Nada temas, tengo un hijo
y nos vengará mi Hernando.

ESCENA VIII.

DOÑA INES *y* BRIGIDA.

BRIGIDA. Inés: no llores Inés.

DOÑA INES. ¡Oh! déjame por piedad.

BRIGIDA. Llora, y tu rostro despues
pálido y triste.

DOÑA INES. No ves,
que ha perdido su beldad.

BRIGIDA. ¡Pobre Inés! ¿á tu quebranto
no encuentras un punto calma?

DOÑA INES. Es mi sufrimiento tanto,
que debieran con mi llanto,

pedazos salir del alma.

BRIGIDA. El corazon afligido,
pasado tiempo, quizas,
dé sus penas al olvido.

DOÑA INES. Dueña; la paz que he perdido
no se recobra jamás.

BRIGIDA. ¡Qué fatal billete!

DOÑA INES. Calla.
Déjame; sola estar quiero;
todo me atormenta...

BRIGIDA. Pero...

DOÑA INES. Vete: en tan cruda batalla
la soledad considero
como un gran bien.

BRIGIDA. Considera
qué si á tu lado no estoy
puede volver.

DOÑA INES. ¿De quien soy
te has olvidado?

BRIGIDA. No; espera...

DOÑA INES. Déjame, dueña.

BRIGIDA. Me voy.

ESCENA IX.

DOÑA INES.

¡Qué afán! ¡qué inquietud! ¡qué duda!
aborrecer y sufrir;
dentro del alma sentir
rencor y una pena aguda...
¡Qué dulce fuera morir!
¿Qué ambiciono? ¿Qué deseo?
¿Cuál es mi dulce esperanza?
¿Qué cambio feliz preveo?
Tan solo un fantasma veo
que grita siempre «venganza.» (*Pausa.*)
Grita el fantasma inclemente,
«criminal te juzga el mundo
»aun cuando estás inocente,»
y un torbellino iracundo

siento bramar en mi frente.
Su grito en el alma choca
del tormento con el brío
que salta de roca en roca...
¡Es para volverse loca
tanta confusion, Dios mio! (*Pausa.*)

ESCENA X.

DOÑA INES *y* HERNANDO *desarmado.*

HERNAN. ¡Inés! (*Con júbilo.*)
DOÑA INES. ¡Ay!... Hernan... ¿tú aquí? (*Turbada.*)
HERNAN. ¡Esa turbacion! ¿Qué tienes?
Tus ojos sin luz, tus labios
marchitos, mústia tu frente,
y horrible palpitacion
que alza tu seno de nieve...
¿Qué te aflije? ¿Por qué dudas?
habla, Inés ¿qué te detiene?
habla por Dios.
DOÑA INES. Te creia
en la castellana hueste.
HERNAN. Llegué á Zamora, anhelaba
ceñir guerreros laureles;
porque es la gloria á mi pecho
lo que á la vida el ambiente,
y al grito de la victoria
ornadas sentí mis sienes.
Ebrio de gozo he llegado
al hospitalario albergue
de mis mayores, asilo
de honor sin mancha.
DOÑA INES. Detente.
HERNAN. ¡Doña Inés!
DOÑA INES. Prosigue, Hernando.
HERNAN. ¿Esa interrupcion?
DOÑA INES. No pienses
que causa alguna he tenido,
Hernan, para detenerte.
Prosigue.

HERNAN. No, algun misterio,
que entre mil sombras se pierde,
y que adivinar es fuerza,
encierran estas paredes.
DOÑA INES. Nada...
HERNAN. Tu de triste luto
vestida, en vano pretendes
ocultar de tus dolores
el cáncer que sangre vierte.
DOÑA INES. Pero...
HERNAN. ¿Dudas? Imposible
es que este misterio quede
envuelto en sombras...
DOÑA INES. ¡Si vieras
su horror!
HERNAN. Preciso es que dejes
de callarlo: y si es de sangre
la verteré de tal suerte,
que como lluvia de otoño
los áridos campos riegue.
Habla, no dudes; cual lava
la sangre en mis venas hierve,
y es mil veces esta vida
mas terrible que la muerte.
Habla por Dios. A mi pecho
acerca tu mano. ¿Sientes
de un corazon inflamado
los desiguales vaivenes?
Rómpelo, Inés, y en su fondo
para comprenderlo, lee
«una pasion...
DOÑA INES. ¡Ay!

ESCENA XI.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO *aparece en el umbral de su aposento sostenido por Fortun, pero apoyándose en el dintel, y despues de haber dicho el primer verso hace á Fortun que retroceda y cierra la puerta.*

RODRIGO. Inés,
ahí está Hernan, que te vengue.

DOÑA INES. ¡Ah!
HERNAN. ¿Vengarla? (*Aterrado.*)
DOÑA INES. Sí.
RODRIGO. Hijo mio.
HERNAN. ¿Vengar á Inés?
RODRIGO. Su esperanza
es una horible venganza.
HERNAN. ¡Sí!
RODRIGO. Reune todo tu brio
para el dardo penetrante
que te clavaré.
HERNAN. ¡Señor!
RODRIGO. ¿No te faltará valor?
HERNAN. Sereno está mi semblante. (*Violentándose.*)
RODRIGO. Toma este billete. (*Entregándoselo.*)
DOÑA INES. ¡Oh!
¿sabeis? (*A Rodrigo.*)
RODRIGO. Todo, Inés.
HERNAN. (*Guardando el billete.*)
Señala
una entrevista.
RODRIGO. Esa escala
(*Señalando una enrollada al pie de un trofeo.*)
dice que Tellez cumplió.
HERNAN. ¿Hasta aqui llegó?
DOÑA INES. Hasta aqui.
HERNAN. ¿Tú lo adorabas?
DOÑA INES. Si á fe.
HERNAN. ¿Pero al fin?
DOÑA INES. Me desmayé...
RODRIGO. La robó.
HERNAN. ¿Te robó?
DOÑA INES. Sí.
HERNAN. ¿Y?
DOÑA INES. Me condujo á un castillo.
HERNAN. ¿En él?
DOÑA INES. Súplica y violencia
usó.
RODRIGO. Mas su resistencia
dió á nuestro honor nuevo brillo.
HERNAN. ¿Mucho te retuvo?
DOÑA INES. Un mes.

HERNAN. ¿Qué quieres, Inés?
DOÑA INES. Venganza.
HERNAN. Fortun. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO *y* FORTUN.

FORTUN. Señor.
HERNAN. Una lanza,
un caballo y un arnés. (*Vase Fortun.*)

ESCENA XIII.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO.

HERNAN. Satisfaré tus enojos (*A Inés.*)
como á los dos cumple.
RODRIGO. Espero
que si muy en breve muero,
cerrarás mis tristes ojos.
HERNAN. ¡Tan pronto morir!
RODRIGO. Quizás
mañana...
DOÑA INES. ¿Y Hernan ausente!
Detente, por Dios, detente.
RODRIGO. Parte. ¿Cuándo volverás?
HERNAN. De Calatrava el pendon
próximo está, y si la suerte...
RODRIGO. ¿Vendrás antes de mi muerte?
HERNAN. Vendré.

ESCENA XIV.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO *y* FORTUN.

FORTUN. Te espera el bridon.
DOÑA INES. Detente.
RODRIGO. Parte.
HERNAN. A partir voy:
(*Poniéndose la mano sobre el pecho.*)
el volcan que aquí encierro
puede castillos de hierro

á pavesas reducir.

DOÑA INES. Hernan...

RODRIGO. Hijo mio.

HERNAN. Vengado
quedará nuestro honor.

RODRIGO. Sí;
que honrado y noble nací.

HERNAN. Morirás noble y honrado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES *sale por la puerta de la derecha y* BRIGIDA *por la de la izquierda.*

DOÑA INES. ¿Cómo está?
BRIGIDA. Un tanto mejor.
DOÑA INES. ¡Oh Dios! ¡cuánto mal le he hecho!
BRIGIDA. Y, aunque con trabajo, el lecho
ha dejado.
DOÑA INES. (*Afligida.*) ¡Qué valor!
BRIGIDA. No llores.
DOÑA INES. Para llorar
tantos y tales enojos,
debieran tener mis ojos
de lúgubre llanto un mar.
BRIGIDA. No emprendes mala tarea
desde que amanece, Inés.
¿Con tanto llorar no ves,
que al cabo te pondrás fea?
Es tu congoja inaudita.
DOÑA INES. ¡Belleza de perdicion!
BRIGIDA. Cualquiera fea un millon
diera por ser tan bonita.
DOÑA INES. Yo mi hermosura la diera,

dueña, si tengo hermosura,
porque conmigo partiera
un dia no mas de amargura.

BRIGIDA. Es verdad, todo revuelto
está: no sé lo que pasa.

DOÑA INES. Ay Brígida.

BRIGIDA. En esta casa
anda, Ines, el diablo suelto.

DOÑA INES. ¡Cuánta razon tienes! Sí,
Pulgar lejos de su hijo
está por mí que le aflijo.
¡Ay! ¡Cuánto sufre por mí!
Y yo en contínua pelea
rechazo atróz pensamiento,
y vuelve la misma idea
para mi eterno tormento.
Tú no puedes comprender
cuanto esa idea de muerte
me asesina, y es mi suerte
tras esa idea correr.

BRIGIDA. Calla por Dios.

DOÑA INES. Ahora Hernan,
blandiendo la dura lanza,
sobre fogoso alazán
sediento vá de venganza.
Y quién sabe si ahora, dueña,
al bote de su enemigo,
tinto en su sangre Rodrigo
del caballo se despeña.

BRIGIDA. Traspásale el corazon
Hernando en cruda batalla;
y en la sangre de Giron...

DOÑA INES. Por piedad, Brígida, calla.

BRIGIDA. Bien lo mereces ¡cruel!
¿Por qué atrevido atropella
el honor de una doncella!

DOÑA INES. Estoy temblando por él.

BRIGIDA. ¿Le amas, quizás?

DOÑA INES. Me es odioso
hasta recordar su nombre;
y es preciso que ese hombre
me dé su mano de esposo.

BRIGIDA. ¡Casarte!
DOÑA INES. Casarme.
BRIGIDA. ¡Ines!
¿No estás inocente y pura?
DOÑA INES. Hay un mundo que murmura,
y de aquí he faltado un mes.
BRIGIDA. No lo niego, es la verdad;
pero tú con tu inocencia...
DOÑA INES. En el mundo la apariencia
pasa como realidad...
Mucho tarda Hernan... un frio
mortal siento.
BRIGIDA. Ya partió
un page en su busca.
DOÑA INES. ¡Oh!
¿Y si lo hirió ya?... ¡Dios mio!
¡Si ese enfermo, suspirando,
abatido, casi yerto,
grita en su estertor, «Hernando,»
y alguno responde «ha muerto!»
BRIGIDA. Aquí llega Nuño.

ESCENA II.

DOÑA INES. BRIGIDA *y* NUÑO.

DOÑA INES. Dí
cuanto sepas, Nuño.
NUÑO. (*Gozoso.*) Albricias.
BRIGIDA. ¿Tenemos buenas noticias?
¿Se sabe de Hernando?
NUÑO. Sí.
DOÑA INES. Cuenta.
NUÑO. Sobre su corcél,
de crin negra y color bayo,
le ví llegar como un rayo,
y Fortun viene con él.
DOÑA INES. ¿Y de su labio la historia,
quizás sangrienta, has oido?
NUÑO. Es claro que habrá vencido
y que volverá con gloria.
DOÑA INES. ¿Y vencer, Nuño, será

en trance tan duro y fuerte
haber dado cruda muerte
á Rodrigo?

NUÑO. Claro está.

DOÑA INES. ¡Oh! mil veces en mal hora
le encomendé.

ESCENA III.

DOÑA INES, BRIGIDA, NUÑO *y* HERNAN *armado, que rápidamente se dirige á la habitacion de su padre.*

BRIGIDA. ¡Hernando!

DOÑA INES. (*Cerrándole el paso.*) Espera.

HERNAN. Es mi obligacion primera
(*Separándola dulcemente.*)
ver á mi padre, señora.

ESCENA IV.

DOÑA INES, BRIGIDA, *y* NUÑO.

NUÑO. Buen hijo.

BRIGIDA. Buen hijo.

DOÑA INES. Sí;
ama á un padre tan benigno,
que es de su cariño digno,
y no se acuerda de mí.
No advierte que no sosiega
una muger ofendida,
ni que mi honor y mi vida
dependen de él.

NUÑO. Fortun llega.

ESCENA V.

DOÑA INES, BRIGIDA, NUÑO *y* FORTUN.

BRIGIDA. Fortun, el cielo te envia:
¡qué feliz casualidad!
Todo lo que ha sucedido
C por B nos contarás.

DOÑA INES. Sí, Fortun.
BRIGIDA. Asuntos cuenta
de tamaña gravedad.
FORTUN. Prometo hacer relacion,
aunque breve, puntual.
DOÑA INES. Partísteis de aquí.
FORTUN. Partimos,
no dando á la espuela paz,
pues nunca toma reposo
quien tras su venganza vá;
y siempre al escape, ráudos
como violento huracan:
las tiendas vimos de lejos
que Giron asienta audáz,
para acorrer con sus gentes
á Alfonso de Portugal.
DOÑA INES. ¿Y despues?
FORTUN. Siempre al escape
conseguimos penetrar
en el propio campamento.
BRIGIDA. ¡Jesus, qué temeridad!
DOÑA INES. ¿Y despues?
FORTUN. Hasta la tienda
llegamos del capitan,
y...
DOÑA INES. ¿Se presentó el maestre?
FORTUN. No fué nuestra suerte tal.
DOÑA INES. ¿No estaba?
FORTUN. No; pero entonces
resolvimos esperar
su vuelta. Pasaban horas
con alta celeridad,
aunque lentas parecian
á la paciencia de Hernan,
cuando...
DOÑA INES. ¿Llegó Don Rodrigo?
FORTUN. No, señora, llegó Alvar
y dijo que «de ese anciano
(*Señalando la puerta de la izquierda.*)
creciendo la enfermedad,
no se encontraba distante
del momento de espirar.»

Un rugido lanzó Hernando
á oir nueva tan fatal,
y sacando un pergamino
que escrito llevaba ya,
en la tienda del Maestre
lo clavó con su puñal.

BRIGIDA. ¡Qué arrojo!

NUÑO. Calla.

DOÑA INES. ¿Decia
el pergamino?

FORTUN. Aun están
ante mis ojos brillando
sus letras. Decia «Por mal
«caballero, fementido,
«de poco honor y lealtad
«á Don Rodrigo Giron
«reta Hernando del Pulgar.»

NUÑO. Bien.

FORTUN. Con asombro miraron
los caballeros del real
el cartel, pero al momento
espadas vimos brillar,
y cien guerreros cercándonos
dieron de guerra señal.
Hernando sus enemigos
contó con serena faz,
enristró la aguda lanza
con imperioso ademan;
y gritándonos, «Seguidme,»
como rompe el vendabal
las nieblas, ó herrada quilla
corta la espuma del mar,
rompió el muro de guerreros
con esfuerzo tan cabal,
que sobre acerada alfombra
corrimos.

DOÑA INES. ¿Sin encontrar
á Don Rodrigo?

FORTUN. El maestre
en salvo, señora, está.
No lo encontramos...

DOÑA INES. Dios mio,

gracias te doy... mi ansiedad
se calma... Sígueme, dueña.

BRIGIDA. ¿Y si Fortun algo mas
tiene que decir?

FORTUN. Mi historia
acabé, dueña. Marchar
puedes sin temor.

DOÑA INES. ¿Qué dudas?

BRIGIDA. Ya te sigo. (¿Qué querrá?)

ESCENA VI.

NUÑO *y* FORTUN.

NUÑO. Cosas están sucediendo,
Fortun, que congoja dan,
y que yo apenas comprendo.

FORTUN. Ay Nuño, un grave desman
en esta casa estoy viendo.

NUÑO. Ese maldito Giron
en duelo tal nos sepulta
y en tamaña confusion.

FORTUN. Qué ódio tan mortal oculta
Hernando en su corazon.

NUÑO. Para acabar la querella
tiene Don Rodrigo un medio.

FORTUN. ¿Cuál?

NUÑO. Doña Inés es muy bella,
y á todo pone remedio
en casándose con ella.

FORTUN. Los pecheros encontramos
medios de dar al olvido
que no admiten nuestros amos.

NUÑO. Me parece que ganamos
dando á Doña Ines marido.
Pues á noble y á pechera,
por aviesa ó por honrada
y cada cual en su esfera,
si es muchacha casadera
le conviene ser casada.
Pero...

FORTUN. (*Viendo á Hernan.*) Calla.

ESCENA VII.

Nuño, Fortun *y* Hernan.

Hernan. (*Sin reparar en los escuderos.*) Con rigor
me persigue cruda suerte,
que emponzoña mi dolor.
¿En dónde hallaré valor
contra el agravio y la muerte?
¡Ay! ¡cómo airados los cielos
para que no goze calma
me dan amargos desvelos:
dentro del corazon, celos;
vergüenza, dentro del alma. (*Pausa.*)
Ines, mis sueños de oro
me atormentan la memoria
como un perdido tesoro.
Yo codiciaba la gloria
para decirte «te adoro.»
Enamorado doncél
un laurel apetecí
y dí á mi frente un laurel;
pero apenas lo ceñí,
cuando no sé qué hacer de él.
¿Seré su esposo? ¡Jamás!
entre los dos se levanta
un espectro, que me espanta
que me aniquila, quizás;
tanta es mi amargura, tanta.
De mi angustia en el esceso
caigo en abismo profundo,
bajo insoportable peso.
Entre los dos suena un beso:
entre los dos está el mundo.
En mis recias sacudidas
con ásperas rocas choco,
nave sin temor perdida:
y no me vuelvo, Inés, loco
porque es mas triste esta vida.
(*Se pasea en silencio.*)

NUÑO. Pobre mancebo.
FORTUN. Su pena,
quiere en vano dominar,
pues la razon le enagena:
es muy amargo el pesar
que su existencia envenena.
A hablarle llego.
NUÑO. ¿El temor
de enojarlo no te aterra?
FORTUN. No, Nuño; que su rigor
solo es temible en la guerra.
¿No te desarmas, señor?
(*Acercándose á Hernan.*)
HERNAN. ¿Qué dices, Fortun? (*Distraido.*)
FORTUN. Pesado
mas de lo regular es,
y harto tiempo lo has llevado,
tu rico y bruñido arnés.
¿Estarás muy fatigado?
HERNAN. No.
FORTUN. El arnés debes guardar
para defenderte bien
en trances de pelear.
NUÑO. ¿A quién buscais aqui? (*Viendo al Maestre.*)
HERNAN. ¿Quién?

ESCENA VIII.

NUÑO. FORTUN. HERNAN *y* EL MAESTRE *completamente armado y con la visera calada.*

MAESTRE. (*Fijo en el dintel.*)
A Hernan Perez del Pulgar.
HERNAN. Aqui, hidalgo, lo teneis.
MAESTRE. ¿Sois vos? (*Adelantándose.*)
HERNAN. Hernan Perez soy.
¿Mi rostro no conoceis?
MAESTRE. No.
HERNAN. Pues, hidalgo, sabreis
que á serviros pronto estoy.
MAESTRE. Tengo que hablaros.
HERNAN. Hablad.

MAESTRE. Dispensadme, pero advierto,
y mi escusa perdonad,
que nos escuchan.
HERNAN. Es cierto.
(*Señalando la puerta de la izquierda.*)
Escuderos, despejad.

ESCENA IX.

EL MAESTRE Y HERNAN *que cierra todas las puertas.*

HERNAN. Solos estamos.
MAESTRE. Levanto
la visera.
HERNAN. Vive Dios
que no os conozco.
MAESTRE. Con vos
me ha sucedido otro tanto.
¿Conoceis este cartel?
(*Sacándolo de la escarcela y entregándolo á Hernan.*)
HERNAN. Sí. ¿Esta carta conoceis?
(*Sacándola de la escarcela y entregándola al Maestre.*)
MAESTRE. Sí.
HERNAN. Pues probado teneis
cuanto veis escrito en él.
Y esa carta, don Rodrigo,
que la sangre teñirá,
cual nuevo cartel os da
un implacable enemigo.
MAESTRE. Hernando, ¿ignorais quizás
que á quien lleva esta cruz roja,
si imprudente se le enoja
hay que matarlo?
HERNAN. Sé mas.
MAESTRE. ¿Sabeis que por largos años
nunca se vió escarnecido
mi blason, ni mi apellido,
ni de propios ni de estraños?
HERNAN. Mas sé.
MAESTRE. ¿Sabeis que fijar
un cartel infamatorio
contra mí, Pulgar y Osorio,

es la vida no estimar!

HERNAN. Sé mas.

MAESTRE. ¿Qué sabeis por Dios!

HERNAN. Sé que alguno en propio agravio
mueve demasiado el labio.

MAESTRE. ¿De mí lo decis?

HERNAN. De vos.
Pues vive Dios que al oir
vuestro apellido creyera,
que Giron aqui viniera
á matarme ó á morir.

MAESTRE. Pensásteis bien.

HERNAN. Ya perdemos
el tiempo.

MAESTRE. Los dos estamos
armados, la luz partamos
y al combate comencemos.
(*Va á tirar de la espada.*)

HERNAN. Esperad.

MAESTRE. ¿Vuestros enojos
se aminoran de tal suerte!

HERNAN. ¿No veis un rayo de muerte
brillar, Giron, en mis ojos!
Os digo, «esperad,» porque
para mas pronto matarnos
nos conviene desarmarnos.
¿Me entendeis ahora?

MAESTRE. Sí á fe.

HERNAN. Este es mi yelmo. (*Quitándoselo.*)

MAESTRE. Este el mio.
(*Quitándoselo.*)

HERNAN. Dispensad. ¿Os dareis traza
á quitarme la coraza?

MAESTRE. (*Ayudándole á desarmar.*)
Que no lo haré mal confio.

HERNAN. Bien está. (*Quedando desarmado.*)

MAESTRE. Si no os molesto
me hareis el mismo favor.

HERNAN. Es una deuda de honor. (*Ayudándole.*)

MAESTRE. Esta hebilla.

HERNAN. Ya está. (*Queda desarmado el Maestre.*)

MAESTRE. Presto

acabamos la tarea.

HERNAN. A vuestro gusto la luz
partid.

MAESTRE. Los hierros en cruz.

HERNAN. Juez Dios, y testigo sea.

(*Al ir á cruzar las espadas dan golpes en la puerta del fondo.*)

MAESTRE. Golpes dan.

HERNAN. Teneis razon.

MAESTRE. ¿Y el combate?

HERNAN. Tendrá fin;
bajaremos al jardin.

MAESTRE. ¿Hay otra puerta?

HERNAN. El balcon.

MAESTRE. ¿Por él?

HERNAN. Llegaste á esta sala
para mi honor mancillar.

MAESTRE. ¿Y de qué modo bajar?

HERNAN. Giron, conservo esta escala.
(*Entregándole la que está pendiente de un trofeo.*)
Sirviose de ella un raptor
para imprimir torpe huella
en mi honor; servirá ella
para que lave mi honor.

MAESTRE. ¡Hernan!

HERNAN. Bajad al momento.
Al pie del muro estareis,
pues si matarme quereis
yo por mataros aliento.

ESCENA X.

HERNAN *y* DOÑA INES.

DOÑA INES. Hernan.

HERNAN. Inés.

DOÑA INES. Te buscaba
y al fin encontrarte logro.

HERNAN. ¿Me has buscado?

DOÑA INES. En tu aposento
entré para hablarte solo,
y tanto has tardado...

HERNAN. Sí.
Junto al lecho mortuorio,
porque morir apetece
sin rendir el frágil tronco,
se encuentra un anciano, altiva
el alma aunque mustio el rostro
y yo, Inés, aqui he venido
á cerrar sus tristes ojos;
pues en otro caso...
DOÑA INES. Hernan.
HERNAN. No me juzgues perezoso
en vengar tu honor. Descansa,
que de tu deudo me honro
y le vengaré. (*Queriendo salir.*)
DOÑA INES. Detente.
Si con mi vista te enojo,
no temas unos instantes
sufrirla, serán muy pocos.
HERNAN. Tú.
DOÑA INES. Escucha: vine á buscar
bajo este techo patronos
contra un hombre que cubria
mi altiva frente de oprobio.
Hallé un anciano, y al punto
como mancebo brioso
corrió á las armas, sin ver
que era impotente su arrojo.
Despues, como si brotaran
mis vengadores en torno,
apareciste: montando
soberbio y gallardo potro
marchasteis; y aun distinguia
la nubecilla de polvo,
que en pos dejabas, corriendo
ó desesperado ó loco,
cuando sentí sobre el alma
pesada losa de plomo,
y mil sangrientas imágenes
contemplé, muda de asombro,
ví acercarse dos guerreros
en caballos poderosos,
medirse con arrogancia,

y con los semblantes torbos
cambiar ásperas razones
aunque con corteses modos.
Despues de partir el campo
volvió el uno sobre el otro
la lanza en ristre, cubiertos
con los escudos redondos,
y al recio choque temblaron
las rocas de los contornos.

HERNAN. ¿Y despues?

DOÑA INES. Sangrienta nube
me ocultó cuadro tan hórrido,
y al disiparse, vi el campo
rico en sangrientos despojos.

HERNAN. ¿Estabas vengada?

DOÑA INES. Sí.

HERNAN. Adios.

DOÑA INES. Hernan, no tan pronto
me dejes...

HERNAN. ¿Qué quieres?

DOÑA INES. Quiero
y aun te lo pido de hinojos, (*Arrodillándose.*)
que en vez de clavar tu espada
en sus entrañas...

HERNAN. ¡Qué oigo!

DOÑA INES. Que no has de matarlo.

HERNAN. ¡Inés!
¡No tienes sangre de Osorio!

DOÑA INES. Oyeme.

HERNAN. Para qué oirte.
¿Amas á Giron!

DOÑA INES. Le odio.

HERNAN. ¿Lo aborreces?

DOÑA INES. Lo aborrezco,
y al mismo tiempo conozco
que la mancha de mi honor
con su sangre no la borro.

HERNAN. ¿Qué quieres?

DOÑA INES. Que Giron sea...

HERNAN. ¿Qué ha de ser? habla.

DOÑA INES. Mi esposo.

HERNAN. ¡Jamás!

DOÑA INES. Es preciso.
HERNAN. Nunca.
Calla, Inés. De polo á polo
hasta encontrarlo corriera
para teñir hasta el pomo
mi espada; para beber
tanta sangre sorbo á sorbo,
que en sus calientes espumas
se queden mis labios rojos.
DOÑA INES. ¿Y mi honor?
HERNAN. ¿Tu honor?... Perdona.
DOÑA INES. Con el alma te perdono.
Pero harás...?
HERNAN. Déjame, Inés.
Se calma el mar procelloso
á la voz de Dios, y quedan
las borrascas en su fondo.
DOÑA INES. ¿Lo harás?
HERNAN. Adios.
DOÑA INES. ¿Me prometes?...
HERNAN. Déjame, déjame: corro
con una duda en el alma
y en el corazon un tósigo.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS.

Me adora Hernan, ¡cielos! sí;
bien me lo prueba su furia:
un recuerdo y una injuria
es ya el amor para mí.
Una voz interna aqui
(*Poniendo la mano sobre el corazon.*)
para mas dolor escucho,
y desesperada lucho
sin un momento de calma:
no sé qué quiere mi alma,
pero sé que peno mucho (*Abatida.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES. RODRIGO *apoyándose en los brazos de* FORTUN *y* NUÑO.

DOÑA INES. Señor.
RODRIGO. Afligida estás.
DOÑA INES. Mi pena es harto cruel
para que llanto de hiel
derrame.
RODRIGO. Le enjugarás.
(*Rodrigo se sienta, y Nuño y Fortun se colocan á alguna distancia.*)
DOÑA INES. Temo cada instante mas
verte...
RODRIGO. Consuélate.
DOÑA INES. ¡Oh!
RODRIGO. Del justo castigo no
puede tardar mucho el dia:
tú lo verás, hija mia,
¿pero podré verlo yo?
DOÑA INES. Señor...
RODRIGO. ¿Has visto á mi Hernando? (*Con inquietud.*)
DOÑA INES. Hace, señor, un momento
que en este mismo aposento
estuvimos conversando.
RODRIGO. ¿Solo le encontraste?
DOÑA INES. Cuando
en este aposento entré
solo, señor, le encontré.
RODRIGO. ¿Solo?
DOÑA INES. Solo por mi vida.
RODRIGO. ¿Estás, Inés, convencida
de que Hernan solo?
DOÑA INES. Sí, á fé.
RODRIGO. Se ocultó.
DOÑA INES. ¿Quién?
RODRIGO. Un guerrero,
marcial, atrevido, franco,
que armado de punta en blanco
aquí penetró altanero.
DOÑA INÉS. ¿Llegó hasta aquí un caballero? (*Con ansiedad.*)
RODRIGO. Llegó hasta aquí.
DOÑA INÉS. ¿Quién le vió?
NUÑO. Yo.
DOÑA INES. Tú, ¿Nuño?

FORTUN. Y tambien yo.
DOÑA INES. ¿Por quién preguntó, qué dijo?
NUÑO. Por Hernan.
DOÑA INES. ¿Sí?
RODRIGO. Y á mi hijo
secreta audiencia pidió.
NUÑO. Hernan con faz sosegada
nos hizo marchar de aquí,
corrió los cerrojos...
DOÑA INES. Sí,
hallé esa puerta cerrada.
(*Señalando la del fondo.*)
RODRIGO. ¿Y al entrar qué viste?
DOÑA INES. Nada;
aunque noté con afan
que sin armadura Hernan
se encontraba.
RODRIGO. ¿Estás segura?
DOÑA INES. Sí.
FORTUN. Y aqui está su armadura. (*Reparando en ella.*)
Yelmo y plumas aqui están.
DOÑA INES. Y...
RODRIGO. Dios le proteja. ¡Dios
aumente su marcial brio!
En singular desafio
deben hallarse los dos.
DOÑA INES. Pero el otro ¿sabeis vos
quién pueda ser?
RODRIGO. Inés, creo...
NUÑO. Aqui otra armadura veo.
(*Reparando en la del Maestre.*)
RODRIGO. Tráela.
NUÑO. ¿Quereis que os la muestre? (*Presentándosela.*)
DOÑA INES. ¡La armadura del Maestre!
RODRIGO. Ya se cumplió su deseo.
Dios le proteja.
DOÑA INES. Corred, (*A Nuño y Fortun.*)
registrad toda la casa,
y decidnos lo que pasa.
Pronto, pronto: por merced
no vacileis mas.
RODRIGO. Tened. (*A Nuño y Fortun.*)
Si aqui palenque ha buscado
Giron, lo tendrá cerrado;

y aunque implacable enemigo,
en mí hallará don Rodrigo
la buena fé de un soldado.
Quietos, dé la Providencia
al mas honrado el trofeo.

DOÑA INES. Señor, estoy como un reo
aguardando mi sentencia.

RODRIGO. Refrena, Inés, la impaciencia,
espera.

DOÑA INES. La duda abate
á este corazon que late
de dolor y de ansiedad.

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRÍGIDA.

BRIGIDA. ¡Válgame la Trinidad
y que furioso combate!

RODRIGO. ¿Qué has visto?

DOÑA INES. Cuenta.

NUÑO. Dí.

BRIGIDA. Al fin
no puedo hablar.

RODRIGO. ¡Por el cielo
habla, Brígida.

BRIGIDA. ¡Qué duelo
han tenido en el jardin!

RODRIGO. ¿Y el resultado?

DOÑA INES. ¡Dí, dí!
¿Ha muerto Hernan ó Rodrigo?

BRIGIDA. ¿Eran ellos? Por Dios digo
que á ninguno conocí.

DOÑA INES. ¡Pero...!

RODRIGO. Dí.

BRIGIDA. Rayos de fuego
despedian sus espadas.
¡Que mandobles! ¡Qué estocadas!
¡Qué sordo rumor! y luego...

DOÑA INES. ¿Y luego?

BRIGIDA. Ví á uno, doblar
la rodilla, desarmado.

RODRIGO. ¿Y?

BRIGIDA. Al otro el acero airado
sobre su pecho apoyar.

DOÑA INES. }
RODRIGO. } ¿Y entonces...?

BRIGIDA. Para no ver
la sangre, muda de horror
dejé aquel sitio, Señor,
y vine á todo correr.
RODRIGO. Llevadme al jardin, llevadme. (*Levantándose.*)
DOÑA INES. Corramos, si Hernan murió...
RODRIGO. Moriré á su lado yo. (*Dando algunos pasos.*)
¿No me entendeis? ayudadme
Nuño, Fortun. Yo lo mando.
FORTUN. Estais tan debil. (*Sosteniéndolo.*)
RODRIGO. No importa
¿será mi vida mas corta
por ver un minuto á...
DOÑA INES. Hernando.
(*Doña Inés se dirije á la puerta, y al entrar Hernan da un grito y queda petrificada.*)

ESCENA XIV.

DOÑA INES. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRIGIDA *y* HERNAN.

RODRIGO. ¡Hernan, venciste!
HERNAN. A tus pies, (*Con tristeza.*)
padre, y no rogaré en vano,
á nombre ageno, la mano
te pido de doña Inés.
DOÑA INES. ¡Ay!
RODRIGO. ¿Qué dices!
HERNAN. Generoso
sois: la decision os dejo.
(*A doña Inés con amargura.*)
Seguí, prima, tu consejo,
y será Giron tu esposo.
DOÑA INES. Hernando. (*A Hernan.*)
HERNAN. (Tienes razon; (*A doña Inés.*)
dando ofensas al olvido
queda limpio un apellido;
poco importa un corazon.)
Entrad, Giron. (*Acercándose á la puerta.*)

ESCENA XV.

DOÑA INES. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRIGIDA. HERNAN. EL MAESTRE.

RODRIGO. (*Con reconcentrado furor.*) ¡Don Rodrigo!
MAESTRE. Que olvides su vergonzosa
accion y le des esposa
te suplica un enemigo.
No me la niegues, señor,

y vencereis doblemente
tú por noble y por clemente,
y Hernando por su valor.

HERNAN. No vaciles.

RODRIGO. Hijo mio,
tú...

HERNAN. Que lo ruega ya ves.

RODRIGO. (*Haciendo un esfuerzo.*)
Maestre, la dicha de Inés
á vuestra lealtad confio.

MAESTRE. Recibid el juramento
de un caballero cristiano.

DOÑA INES. Toma, Rodrigo, mi mano;
(*El Maestre la recibe.*)
Mañana marcho á un convento.
(*Retirando la mano.*)

MAESTRE. No; mi crímen lavaré.

DOÑA INES. Una mano conquistada
con la punta de una espada,
no ofrece, Rodrigo, fé.
Un abismo entre los dos
media; á prolongarlo voy,
seré vuestra esposa hoy,
mañana esposa de Dios.

RODRIGO. Alza tu frente abatida. (*A Hernan.*)

HERNAN. Nada me queda.

RODRIGO. Hernan, sí.
¿No soy nada para tí,
yo á quien prolongas la vida?
Poco viviré.

HERNAN. Señor.

RODRIGO. Pero débil y postrado,
no olvidaré que has ganado
de un moribundo el honor.

HERNAN. Y entonces tendré en la tierra
de un buen padre la memoria;
un sueño hermoso, la gloria;
un ancho campo, la guerra.
En sangre infiel empapar
procuraré mi cuchilla,
siendo digno de Castilla
Hernan Perez del Pulgar.

FIN DEL DRAMA.

GUILLERMO ONCKEN

HISTORIAS GENERALES DE LOS GRANDES PUEBLOS—ESTUDIOS DE LAS GRANDES ÉPOCAS

MONOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HECHOS—BIOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HOMBRES

Traduccion directa del original aleman por reputados escritores, conocedores particulares de los respectivos tiempos

Director de la publicacion:

DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

EDICION ILUSTRADA ESPLÉNDIDAMENTE CON GRABADOS INTERCALADOS, MAPAS, FACSÍMILES RARÍSIMOS, PLANOS, MONEDAS,

MONUMENTOS, ARMAS, Y EL COMPLETO DE LAS CROMOLITOGRAFIAS QUE CONSTITUYEN LA MAGNIFICA OBRA

HISTORIA DEL TRAJE EN LA ANTIGUEDAD Y EN NUESTROS DIAS

PUBLICADA EN ALEMAN POR EL PROFESOR FEDERICO HOTTENROT

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.30
no.1-19